

# Behind the Redwood Curtain: Cannabis in California

---

Lisa Gruwell Spicer

## People Bring Plants that Bring Change

Going back to the garden with seeds, children, and visions from the Sixties, many of us chose small towns and hamlets in northern California. At the outset of the Seventies, hippies who migrated to Mendocino County were mostly young—twenties through thirties. Some were fresh out of college, including drop-outs and graduates. Intelligent, innovative folks opting out of corporate life and mainstream culture. Many were families, some single-parented. Wanting to create an alternative not alone but together, collectively we said, “Now what?”

My family was in the mix of newcomers to a tiny town in the redwoods. I was ten. Since smoking pot was an option, not a taboo, I wasn’t interested. Some kids got stoned, but most of us were busy having country childhoods with horses, motorbikes, 4-H, and making friends with old-timer kids whose parents were freaked out that we’d corrupt their straight sons and daughters. Our parents should have had the reverse concern. Hippie kids were rounded up regularly for Sunday school, lured by Hersey bars instead of Mary Jane.

Because pot was illegal, we had underground lingo that today, are puns. The ability to *grow your own* was one of the drivers of the back-to-the-land movement. Once inhaled, the plants *were* driving the bus. Hippies are synonymous with pot, but we could only talk about it amongst other long hairs. In this way, pot supported community cohesion like a secret handshake.

But plants can’t keep secrets. Marijuana wants to be shared. To be high, together with friends. Joints are rolled and passed around at potlucks and boogies. Soon long hairs were passing doobies to red necks in the parking lot at events gathering community for a good cause. Benefit dances, annual chicken dinners.

Back-to-the-Landers depended on old-timer knowledge. Rural life has a tradition of reciprocity, which lends well to bartering. We had a healthy micro-economy with very little cash. Trade a cord of firewood for a month’s worth of milk, a few loaves of bread for the use of a rototiller. Weed was included when trading agricultural knowledge with old-timers. Some smoked, most



didn't. Some grew or let hippies grow on their acreage. Not to forget the antagonists. The hostile old-timer bunch who accused hippies of not saluting the flag, and consistently black-balled our bids for membership to the Grange. Come October, you could tell it was harvest. Certain friendly old-timers would be driving shiny new pick-ups.

Garden variety weed morphed into cash crop bud during the greed-driven Eighties and Nineties. A gnarly complex of bad behavior happened. Hanging over the emerald triangle is a karmic residue of unsolved murders and cannabis crimes. Cash was king. The region's economy was high. The low was damage to people and place.

Illegal grows in the redwoods caused serious environmental damage and labor trafficking. Grows on private properties attracted migrating *trimmigrants* who earned cash and finger hash. After a month of trimming in a hayloft or trailer, they moved on, without ties to land or locals. An odd breed of tourist.

Ironically, voting records for Mendocino County show citizens consistently voting No on legalization. Introduced by Back-to-the-Landers, cannabis grew into a cash crop overflowing with problems and contradiction. Legalization enables human and plant consciousness to grow an industry with LLCs doing R & D on THC for ROI.

Lawfully free pot is a panacea to mellow out the rough times, and a dose of happiness to bliss out when the good times roll.



# Tras el telón de secuoyas: El cannabis en California

---

Lisa Gruwell Spicer

## Las personas traen plantas que traen cambios

Retomando la vida en el campo con semillas, hijos y los ideales de los años sesenta, muchos de nosotros elegimos pequeños pueblos y aldeas del norte de California. A principios de los setenta, los hippies que emigraron al condado de Mendocino eran mayoritariamente jóvenes, de entre veinte y treinta y tantos años. Algunos acababan de dejar la universidad, ya fuera por abandono voluntario o tras graduarse; gente inteligente e innovadora que decidía apartarse de la vida corporativa y de la cultura convencional. Muchos formaban familias, algunas de ellas monoparentales. Con el deseo de crear una alternativa no en solitario, sino unidos, nos preguntamos colectivamente: «¿Y ahora qué?».

Mi familia se encontraba entre los recién llegados a un pueblecito en medio de los bosques de secuoyas. Yo tenía diez años. Como fumar marihuana era una opción y no un tabú, a mí no me interesaba. Algunos chicos se colocaban, pero la mayoría estábamos ocupados disfrutando de una infancia rural entre caballos, motos y actividades del club 4-H, además de hacernos amigos de los hijos de los lugareños de toda la vida, cuyos padres temían que corrompiéramos a sus hijos e hijas «formales». En realidad, nuestros padres deberían haberse preocupado por lo contrario. A los hijos de los hippies nos llevaban regularmente a la escuela dominical, atraídos por las chocolatinas Hershey en lugar de por la marihuana.

Como la marihuana era ilegal, desarrollamos una jerga clandestina que hoy en día suena a juegos de palabras. La posibilidad de cultivar tu propia hierba fue uno de los motores del movimiento de retorno a la tierra. Una vez inhalada, la planta tomaba el control. Los hippies son sinónimo de marihuana, pero solo podíamos hablar de ella entre otros «peludos». De este modo, la marihuana fomentaba la cohesión comunitaria, funcionando como un saludo secreto.

Pero las plantas no saben guardar secretos. La marihuana quiere compartirse; busca el colocón compartido con amigos. Se liaban porros y se pasaban de mano en mano en comidas comunitarias y fiestas. Pronto, los «peludos» empezaron a compartir sus porros con los lugareños



más conservadores —los llamados \*rednecks\*— en los aparcamientos de eventos benéficos o cenas comunitarias, como los bailes solidarios o las tradicionales cenas de pollo asado.

El programa Back-to-the-Landers dependía del conocimiento de los veteranos. La vida en el campo posee una tradición de reciprocidad que se presta perfectamente al trueque. Manteníamos una microeconomía saludable con muy poco dinero en efectivo: se cambiaba una carga de leña por leche para todo un mes, o unas cuantas hogazas de pan por el uso de una motoazada. La marihuana también entraba en juego al intercambiar conocimientos agrícolas con los veteranos; algunos fumaban y otros no, y algunos cultivaban —o permitían que los \*hippies\* cultivaran— en sus tierras. Sin olvidar a los detractores: ese grupo hostil de veteranos que acusaba a los \*hippies\* de no saludar a la bandera y que rechazaba sistemáticamente nuestras solicitudes de ingreso a la Grange (la asociación agrícola local). Al llegar octubre, se notaba que era época de cosecha: ciertos veteranos amables aparecían conduciendo camionetas nuevas y relucientes.

La marihuana de cultivo casero se transformó en un lucrativo cultivo comercial durante las décadas de los ochenta y noventa, impulsadas por la codicia. Surgió una compleja y desagradable dinámica de malas conductas; sobre el «Triángulo Esmeralda» pesa un residuo kármico de asesinatos sin resolver y delitos relacionados con el cannabis. El dinero en efectivo reinaba. La economía de la región estaba en auge, pero el costo fue el daño causado a las personas y al entorno.

Los cultivos ilegales entre las secuoyas provocaron graves daños ambientales y situaciones de explotación laboral. Estas plantaciones en propiedades privadas atraían a trabajadores migrantes temporales —conocidos como \*trimmigrants\*— que cobraban en efectivo y en resina de cannabis (\*finger hash\*). Tras un mes podando cogollos en un pajar o en una casa rodante, seguían su camino sin haber establecido vínculos con la tierra ni con los lugareños. Una especie peculiar de turista.

Irónicamente, los registros de votación del condado de Mendocino muestran que los ciudadanos votaban sistemáticamente en contra de la legalización. Introducido inicialmente por quienes buscaban una vida rural alternativa, el cannabis acabó convirtiéndose en un cultivo comercial plagado de problemas y contradicciones. La legalización permite que la conciencia humana y vegetal desarrolle una industria dominada por sociedades de responsabilidad limitada (LLC) que invierten en investigación y desarrollo del THC para maximizar el retorno de la inversión.

La marihuana legal es una panacea para suavizar los momentos difíciles y una dosis de felicidad para disfrutar plenamente cuando llegan los buenos tiempos.

